

las naciones y razas de la tierra. Preguntad mientras tanto, ¿dónde están los indígenas? ¿qué se hicieron los famosos iroqueses, los cabezas plateadas y los ili-noeses y los chactas? y os responderán que todos estos emigraron huyendo de los que los trataban como á bestias; que nada aprovecharon de esa civilización cuyos bienes les ponderaban y que para ellos era equivalente á la renuncia de su libertad, de su propiedad, de sus costumbres y de su familia; que huyeron á los bosques y treparon á las montañas mas escarpadas para conservar su existencia y proteger la de sus hijos entre las rocas y los precipicios, y, en fin, que despues de arrebatárles su patria, su fortuna y sus esperanzas, ningun bien de otra naturaleza les dieron para compensarles de aquellas pérdidas enormes. ¡Qué diferente á esta fué la conducta que observaron los conquistadores católicos!



## CAPÍTULO VIII

La montaña de Pasto. — Paso del rio Juanambú. — Montaña de Berrueco. — Tres cruces que indican el sitio de un horrible asesinato. — Solicitud de los vecinos del pueblo de Mercaderes. — El valle de Patia. — Impresiones. — La fiebre. — Nacimiento del rio Barbacoa en el pueblo de Patia. — Conversacion con un veterano. — Ideas sobre la igualdad. — Peticion de los vecinos de « Los Arboles. »

Los que continuamente declaman contra el despotismo de los magistrados que velan con rigor inexorable por la observancia de las leyes, quisieran ver entronizada la licencia y triunfantes los vicios que la acompañan en todas partes. Segun su juicio, no son aquellas sino « trabas puestas á la libertad del hombre por la tiranía de los que gobiernan, » ni los delitos que reprimen otra cosa que « nobles esfuerzos del individuo para emanciparse del peso de sus cadenas. » Cuando saliendo de Pasto recordaba estas palabras que leí en un diario de la Nueva Granada y recordaba al mismo tiempo los excesos cometidos en el recinto de esa ciudad por un pueblo sencillo, pero conmovido por los que profesan aquellas doctrinas antisociales, percibia vivamente los efectos que producen en los hombres que las invocan. En América no necesitan

los pueblos consultar la historia de las naciones del viejo continente para conocer cuáles son aquellos; basta solamente considerar lo que pasó en cada uno de ellos cuando la multitud furiosa llegó á apoderarse, aunque fuese por un momento, de las riendas del poder y á dictar decretos cuyos efectos producian al instante el trastorno completo del órden existente, sacrificaban á los buenos ciudadanos y entronizaban el verdadero y mas terrible de los despotismos, el de la multitud sobre las ruinas de la libertad. La depredacion de los bienes del fisco, la destruccion de los elementos de bienestar social y la proclamacion de todo cuanto condena á los pueblos á perecer, fueron en Pasto como lo son en todas partes los frutos de aquel. Desde la cumbre de la montaña pintoresca á cuya falda se encuentra la ciudad, divisaba los campos donde fueron librados mas de una vez á la suerte de las armas los derechos del pueblo y la fortuna de los ciudadanos, atacados por los que propagaban las doctrinas disolventes de los principios sociales.

Despues de atravesar valles y lomas cubiertos de sembrados y algunos pequeños caserios rodeados de hermosas arboledas, llegamos al valle de Juanambú, famoso por las tercianas que causan las aguas del caudaloso rio que lo atraviesa. Para pasar este no hay puente, embarcacion ni otro medio que un aparato que llaman *tara-bitá*. Consiste este simplemente en un grueso cable de cáñamo torcido y asegurado en las opuestas riberas del rio. Como una de estas es bastante mas alta, el cable queda con declive suficiente para que el hombre atado de su cintura á una argolla corra velozmente de un lado á

otro pendiente de la cuerda. Así pasé el Juanambú no sin temor al ver rozado el cable y anudadas las cuerdas que me sujetaban á la argolla. Cuando miraba desde la ribera opuesta á los que pasaban despues que yo, hombres y mujeres atados en grupos de dos ó tres personas, me parecian visiones que discurrían por el aire al extender la noche su manto tenebroso sobre la tierra.

Me encontraba al pié de la montaña de « Berrueco, » nombre funestamente célebre en la historia de las repúblicas de América, y principiaba á subir por estrechas veredas, sombrías á causa de los árboles elevados que cubren toda la sucesion de cerros que la forman. El pueblo que lleva el mismo nombre se compone de algunas casas miserables habitadas solamente por los labradores de las inmediaciones. El bosque continúa cada vez mas espeso, y las veredas abiertas por la huella de los pasajeros mas bien que por la fatiga de los hombres, no se muestran sino interrumpidas por barrancos profundos y por enormes peñascos. En uno de estos atolladeros vi repentinamente tres grandes cruces y comprendí desde luego que estas indicaban la muerte de algun individuo sucedida en aquel sitio. Mi guia me quitó cualquier duda, diciéndome : « Aquí fué asesinado el general Sucre. » Este bravo veterano de la independencia de Colombia volvia para el Ecuador, despues de haber asegurado la libertad de su país y ganado muchas coronas y laureles en los campos de batalla. Los que divisaban en él un adversario formidable pusieron emboscadas para quitarle la vida. Asaltado, en efecto, el general pereció con los oficiales que le acom-

pañaban, dando muestras de arrojo en rechazar y combatir á los enemigos que traidoramente le herian. Este punto interesante de la historia de Colombia se ha discutido durante muchos años, pues aun cuando la justicia humana procedió á capturar á las personas que la voz pública señaló como culpables de hecho tan alevoso, no eran estos sino los instrumentos de las pasiones de otros. Ese atentado horrible, del que jamas podrán lavarse los que se llaman « liberales, » es uno de los borrones mas negros de la historia de la república de Colombia, la injusticia mas enorme que pudo cometerse y la alevosía mas cobarde y criminal de cuantas se perpetraron en el Nuevo Mundo. No me maravillo de que los hombres que concibieron el atroz proyecto de sacrificar á uno de los jefes mas ilustres de Colombia encontrasen instrumentos en aquellos lugares casi desiertos y donde parecen confundirse por las costumbres y las tendencias los hombres con las bestias. Algunas chozas solitarias fueron las únicas habitaciones humanas que percibí en campañas dilatadas. Sus habitantes, aislados de todos, no tendrán objetos en que ocuparse fuera de los tigres que les destrozan el ganado ó las raposas que les roban y matan las aves inocentes que se crian en su casa en medio de sus hijos. En la Venta, Cenegueta y Mercaderes se ha procurado formar pequeños pueblos para proteger el comercio que liga á las poblaciones con los vinculos del interes; mas, á pesar del celo y de la constancia de algunos, esos pueblos están muy distantes de llenar todavía las exigencias de los que les dieron ser. En el de Mercaderes, apenas me habia bajado del caballo cuando dos negros

se me presentaron pidiendo á nombre de la poblacion me quedase y dijese misa el siguiente dia en la parroquia. Mucho tiempo hacia segun ellos que carecian de ese beneficio, porque el párroco habitaba en otro punto del curato muy distante de allí. Todos estos lugares febriles y donde sea el calor sufocante de su temperatura, sea la calidad de las aguas que se usan para la vida, ó sean otras causas que no conozco, producen enfermedades que pintan y desfiguran completamente á los que las padecen, me producian á cada paso sensaciones de compasion, de disgusto y aun á veces de horror, ¡tan repugnante y tan lastimoso es su aspecto al mismo tiempo!

Este vigor de la naturaleza que enferma y debilita á los que soportan sus influencias, se siente con tanta mayor fuerza cuanto mas se adelanta hácia el norte ó se dirige al occidente de la Nueva Granada. No podré olvidar la escena que ofrecia una familia de negros á la orilla del rio Patia, en el valle de este mismo nombre. Me acerqué á la puerta de su choza para pedir un poco de agua : el calor era abrumador y la hora la del mediodía; una mujer estaba recostada sobre la tierra, y en su fisonomía manifestaba que sufría intensamente. « Padezco las fiebres hace siete semanas, me dijo, y me encuentro muy mala. — ¿Por qué no se ha puesto en cura formal? — Porque han caido enfermos mi marido y todos mis hijos : uno de estos está muy agravado, creo que va á morir. » Efectivamente vi al muchado tendido en una manta sobre la tierra; observándole encontré en él todos los sintomas de muerte próxima y procuré que se le administrasen algunos refrigerantes; no sé

qué efecto le producirían. La mujer, conociendo por mi traje que era sacerdote, me rogaba encarecidamente que *dijese sobre los enfermos algun evangelio que fuese bueno para las fiebres*, mientras yo me empeñaba en disponer al que estaba de gravedad para su largo viaje. En países de la temperatura del de Patia estas tristes escenas son frecuentes. Sin embargo, pocos lugares pueden encontrarse que lisonjeen tanto los sentidos como el valle de Patia. Los árboles cargados de frutos exquisitos que se suceden formando bosques de paltas, chirimoyos, guanabanos, limones y tamarindos, convidan al viajero á reposar bajo de su sombra y á recrearse con el sabor de aquellos; los prados que bañan dulcemente las aguas del Patia, sembrados de plátanos, caña, tabaco, cacao y maiz, y aquel gran rio cuya corriente apenas se percibe, tanta es la suavidad con que sus aguas se deslizan, reúnen allí infinitos atractivos. Mas; ¡infeliz del que seducido por aquellos frutos extiende sobre ellos su mano para tomarlos! ¡Infeliz, repetimos, del que fatigado por el sol se recuesta á la sombra de los árboles para descansar, ó se baña en las aguas del rio para refrigerarse ántes de continuar su marcha! El placer momentáneo que le producirán los frutos, las aguas y la sombra, irán seguidos de los dolores agudos de la fiebre que será su efecto natural. Un símbolo admirablemente significativo de los placeres de la tierra me parecía ver en el Patia; considerando su belleza encantadora, la frondosidad de sus árboles, la hermosura de sus frutos y la dulce suavidad de sus corrientes, « todo esto, me decia á mí mismo, oculta la muerte bajo de sus atractivos.»

Sea el sentimiento profundo que inspiran en el alma estas melancólicas ideas, sea la soledad espantosa que reina en todo el valle, ó sea la impresion que producen escenas tan dolorosas para el alma que siente las adversidades de sus semejantes, como la de aquella familia postrada por la fiebre en medio del desierto, yo experimentaba un grande horror, y en todas partes y á cada momento me parecia ver abrirse para mí la fosa en el valle de Patia. Con gran dificultad pude pasar el rio, y marchando con cuanta celeridad podia me dirigí á la villa, donde tantos y tan tristes recuerdos para la independencia de la Nueva Granada se conservan frescos en las selvas y en los montes, en las llanuras y en la poblacion misma. La villa de Patia, habitada casi exclusivamente por negros, fué en el antiguo vireinato de la Nueva Granada uno de los últimos atrincheramientos de la dominacion española. Sus habitantes, poniéndose en relacion estrecha con Barbacoa, Izcuané y Chocó, hostilizaron incansables al ejército republicano que, no pudiendo resistir ni al clima ni á las privaciones de toda especie que le hacian sufrir los realistas, abandonaron la empresa de reducir aquella gente para otra época mejor.

La villa de Patia se encuentra como enclavada en un bosque espesísimo, y sus habitantes soportan además de un calor sobre toda exageracion, los mosquitos, las viboras y mil otros insectos y sabandijas ponzoñosas. A poca distancia del pueblo se ve el nacimiento del rio Barbacoa, que en union del Dosrios y Patia van hasta el mar Pacífico, donde entran con el nombre de Patia. En todo el pueblo no habia mas persona blanca que el cura;

el alcalde municipal, negro como el resto de los habitantes, haciendo ostentacion de su autoridad, me repetia moviendo el baston que traía en sus manos : « He mandado llamar al cura, y vendrá por cierto al instante. » El párroco, muy jóven todavía, vino en efecto ; hacia poco tiempo que servia aquella parroquia y ninguno de sus antecesores la habia administrado muchos años, muriendo todos jóvenes á causa del mal clima.

Entre muchos vecinos que tuve el honor de conocer, un veterano que se encontró en todas las batallas de la independenciam se esforzaba por mostrarme las cicatrices que cubrian su arrugada piel. « Nosotros, me decia, hemos comprado con nuestra sangre la libertad de la república ; pero otros son los que disfrutan los bienes de la independenciam. Cuando se nos llamaba al campo de batalla, los generales nos decian en sus proclamas que la patria abria el mismo camino para todos los ciudadanos, y que entre el negro y el blanco no habria otra distincion que las virtudes de cada cual ; pero no ha sido así. Hasta hoy ningun negro ha sido llamado á gobernar la república, ni á los grandes puestos de ministro de Estado ó senador, ni ménos á obispo ó arzobispo. Gobernador ó alcalde de Patia es todo lo que nos hacen los hombres que gobiernan. No hemos mejorado de condicion haciéndonos libres, sino que hemos trabajado para que mejoren otros que tienen muchas ménos aptitudes que nosotros ; Vd. que viaja por nuestra patria lo conocerá bien pronto. » En muchas ocasiones oí las mismas quejas en las poblaciones negras de la Nueva Granada, y dichas con mucha irritacion por los

que las expresaban. Miéntas que los pobres indigenas sufren en silencio las humillaciones y los vejámenes de que han sido víctimas desde la época de la conquista, la raza africana y la mulata no pueden soportar con paciencia ser pospuestos ni tenidos en ménos. Estas razas se hacen cada vez mas fuertes y numerosas en Nueva Granada, Venezuela y Centro-América, y algun dia llegarán al poder y cerrarán la puerta á sus émulos los blancos, para que no puedan alcanzar esos puestos que ambicionan ellos mismos. Las ideas que tenia aquel veterano sobre igualdad estaban en armonia con sus teorías sobre libertad. « La soberanía absoluta del pueblo, » hé ahí su único programa. Segun su modo de ver, todo mandato de la autoridad legitima que no esté en armonia con la voluntad de la muchedumbre, expresada en pobladas y en otras reuniones tumultuosas, es acto de verdadero despotismo y atentado contra la libertad conquistada en los campos de batalla. ¡ Asombra ciertamente considerar cuánto han cundido estas doctrinas en los Estados hispano-americanos ! ¡ pero mucho mas asombra encontrarlas en personas que no viven sino en medio de los bosques ! Los que las propagan, haciendo de esas teorías desorganizadoras escala para llegar á los altos puestos, no consideran que mas tarde serán empleadas por otros con igual fin y que descenderán entónces ellos mismos derribados con sus propias armas.

Estando entre igualitarios tan celosos de su libertad, yo tenia derecho para conservar la mia ; pero no fué así, porque el alcalde municipal me fijó la hora para decir

misa, la hora para partir, y tambien me fijó el número de imágenes y rosarios que debia dejar para que fuesen distribuidos «entre las personas mas notables del pueblo.» En todo me conformé con su resolucion.

A cada paso se ofrecen al que viaja por la Nueva Granada las demostraciones mas concluyentes de la fe y acendrada piedad de los ciudadanos, y las quejas mas justas levanta el hombre católico considerando ese teson con que trabajan unos pocos, empeñados en violentar las creencias de aquellos y en arrebatárles lo que mas estiman sobre la tierra, su religion. ¿Cuántas veces me sucedia encontrar á la madrugada una multitud de personas que me pedian les confesase los unos, la confirmacion otros, y que esperaban todos asistir á la santa misa? Los veía correr trayendo sus imágenes y sus rosarios para pedir una bendicion que deseaban se les diese en nombre del príncipe de la catolicidad; los veía acudir presurosos al simple aviso de que predicaria en tal punto, aun cuando fuese distante, y en fin dar de su fe ardiente las mismas pruebas que el hombre mas entusiasta de su adhesion á aquello que mas le honra.

En « Los Arboles, » los ruegos de los vecinos me hicieron demorar mi viaje un dia, y despues de haber concluido todo el ejercicio de mi ministerio que exigia su devocion, la persona mas anciana del vecindario me dijo : « Dé Vd. un nombre á este lugar, pues no lo tiene. — ¿No le parece bien el de Bolivar, ó el de Santander? — No, ninguno de hombre público; déle Vd. un nombre mas famoso. — El de la virgen Maria, ¿no le pareceria á Vd. muy bien? — No, porque hay ya muchos pueblos que lo tie-

nen. » Acerté á mirar una imagen de san Martin de Porres, le propuse el nombre de este santo, y gozosa convino en él. De propósito me detengo en estos incidentes, porque manifiestan cuán vivas existen la fe y la piedad en el corazon de los neo-granadinos y cuán injustamente han escrito algunos deprimiéndolas. Las opiniones locas de pocos hombres fueron llamadas creencias de la multitud, y calificada por escritores ilustres de impía y de atea la raza católica que habita el territorio hispano-americano. Así se equivocan á veces los entendimientos mas claros que no aprecian ni los hechos ni las opiniones en su verdadero valor.

